

me fuertemente, se le agregan 400 gramos de jarabe de azúcar. Se filtra finalmente.

Agua destilada.

- Hojas secas de eucalyptus..... 1 parto
- Agua..... 6 partes.

Para destilar en un alambique y se recojen 4 partes.

Tintura.

- Hojas secas de eucalyptus..... 100-gramos
- Alcohol desinfectado á 35° de Baumé..... 500 Id.

Las hojas concasadas se ponen á macerar en el alcohol durante diez dias y se filtra despues. Se usa de 2 á 30 gramos en 24 horas diluida en agua.

Alcoholatura.

- Hojas frascas de eucalyptus con casadas..... 200 gramos.
- Alcohol á 26° de Baumé..... 500 id.

Se prepara como la tisana y se usa del mismo modo.

Jarabe de eucalyptus.

- Hojas de eucalyptus..... 50 gramos.
- Agua destilada de eucalyptus..... 100 id.
- Azúcar..... 650 id.
- Agua..... C. S.

Se hace infundir el eucalyptus en 250 gramos de agua; se pasa por un lienzo exprimiendo, se filtra y se completa con agua 250 gramos; se agrega el agua destilada y se hace disolver en el liquido el azúcar, en el bañomaria cubierto.

Vinagre anticéptico.

- Alcoholatura de eucalyptus..... 1000 gramos
- Id. de tomillo..... 200 id.
- Ácido acético á 8 grados..... 100 id.
- Ácido tímico..... 25 id.

Se mezcla el todo y se filtrá.

Este vinagre se usa en el baño, en lociones para la boca y para cualquier parto del cuerpo y difundiendo en el aire con un pulverizador ó dinamizador es un magnífico desinfectante.

LIBRERIA ZERDA.

EL CARACTER POR SAMUEL SMILES. CAPITULO III.

La sociedad y el ejemplo

Formaos una buena sociedad, y serois uno de sus miembros.

JORGE HERBERT.

Así como el que quiere ser gran pintor ha de esforzarse por imitar las obras más perfectas, y guiar su pincel conforme al mejor modelo que tenga á la vista; así también, el que desea llenar una hermosa página en la vida, deberá seguir los mejores ejemplos y no quedar jamás contento hasta que no los haya igualado, ya que no aventajado.

OWEN FELTHAM.

La educación primera de la familia se prolonga hasta muy avanzada la vida y puede decirse que jamás cesa del todo. Pero llega un momento, en el transcurso de los años, en que la influencia ejercida por la familia no es ya tan absoluta; en que es reemplazada por la educación más artificial del colegio, y por la sociedad de amigos y camaradas que siguen modelando el carácter por la fuerza todopoderosa del ejemplo.

Los hombres, jóvenes ó viejos—pero más los primeros que los segundos—no pueden ménos de imitar á aquellos con quienes se encuentran en contacto. La madre de Jorge Herbert amonestaba á sus hijos con las siguientes palabras: "Así como nuestro cuerpo se nutre en proporción á las viandas que nos sirven de alimento, así también la virtud ó el vicio nacen en nuestra alma por

el ejemplo y la conversacion de la buena ó do la mala sociedad."

Es verdaderamente imposible que el contacto con los que nos rodean no produzca grandísima influencia en la formación del carácter, porque los hombres son por naturaleza grandes imitadores, y cada uno se deja impresionar más ó ménos por las palabras, los ademanes, el porte y hasta los conceptos de sus compañeros. "¿Nada vale el ejemplo?—decía Burke—El ejemplo es todo; es la escuela de la humanidad, que sólo en ella quiere aprender." Vale la pena de citarse la gran divisa que el escribió para el libro de memoria del marques de Rockingham: "Acuérdate, imita, persevera."

La imitación es en general tan inconsciente, que sus efectos apenas se notan; pero no por eso deja de ser permanente su influencia. Sólo cuando una naturaleza capaz de hacer impresion se pone en contacto con otra naturaleza susceptible de ser impresionada, es cuando se puede conocer fácilmente el cambio que se produce en el carácter. Pero hasta las naturalezas más débiles, sin embargo, ejercen á su modo influencia sobre los que las rodean; porque la aproximación de sentimientos, de pensamientos y de costumbres es continua, y la acción del ejemplo, incesante.

Segun observaciones hechas por Emerson, las personas que han vivido bajo un mismo techo cierto número de años,—como los casados, por ejemplo,—acaban por irse asemejando; de suerte que, si llegasen á una edad harto avanzada, apenas podríamos distinguirlos unos de otros. Pero, si así es, tratándose de viejos, qué no sucederá con los jóvenes, cuya flexible naturaleza es mucho más tierna y más impresionable, y más dispuesta, por tanto, á amoldarse á la vida y á la conversacion de las personas con quienes tratan!

"Mucho se hablado de la educación—decía Carlos Bell, en una de sus cartas—pero noto que se ha perdido de vista lo principal, que es el ejemplo. Mi mejor educación fué el ejemplo que me dieron mis hermanos. Cada uno de los de la familia se atenia á sí mismo, y disfrutaba de una verdadera independencia, que yo he obtenido por imitación."

En la naturaleza de las cosas está el que las circunstancias que contribuyen á formar el carácter, ejerzan principalmente su influencia á medida que el niño va creciendo. Andando los años, el ejemplo y la imitación se transforman gradualmente en hábitos; y estos hábitos acaban por dominarnos de de tal manera, que, aun antes de que los notemos, ya les hemos sacrificado, hasta cierto punto, nuestra libertad personal.

Cuentan que, habiendo un dia reprendido Platon á un chiquillo porque se entretenia en un juego ridiculo,—"por poca cosa me reprende,"—le dijo el niño.

"Un hábito repuso, Platon, no es poca cosa." Referese una anecdota semejante del caballero Bayardo, quien, como oyese á dos pajes cuyas algunas expresiones á-comedidas, los castigó severamente.

"Caballero Bayardo—le digo un amigo sayo—por muy poca cosa castigais á estos chicos."

"Muy poca cosa!—exclamó Bayardo—no es muy poca cosa un mal hábito contraido en la juventud; es sí, una gran cosa!"

Una mala tendencia que degenera en hábito, viene á ser tan tiránica en nosotros, que ha habido hombres aferrados al vicio al propio tiempo que la maldecian. Esos tales se han convertido en esclavo

128

PROYECTO DE INVESTIGACION: LA PRACTICA PEDAGOGICA DEL SIGLO XIX EN COLOMBIA

BNC. Sala Prensa 2a. AÑO 1881 ZC \$6=

de hábitos, cuya fuerza no les es dado resistir. Así es que Locke pretende que crear y mantener aquel vigor de espíritu que nos permite luchar contra el imperio de un hábito, debe considerarse como uno de los más grandes objetos de la disciplina moral.

Aun cuando la educación del carácter por el ejemplo sea en general espontánea é inconsciente, los jóvenes no deben ser forzosamente imitadores pasivos de los que les rodean. Su propia conducta, más que la de sus compañeros, tiende á fijar el objeto y á formar los principios de su vida. Cada uno posee en sí mismo una fuerza de voluntad y de libre acción que, si fuere valorosamente empleada, le permitirá escoger por sí solo sus amigos y su sociedad. Por falta de resolución es por lo que, tanto los jóvenes como los viejos, se hacen esclavos de sus inclinaciones, ó se abandonan á imitar servilmente á los demas.

Diceso generalmente que los hombres se hacen conocer según las personas con quienes se asocian. Los sobrios no se juntan con los ebrios, los cultos con los vulgares, ni los decentes con los indecentes. El trato con personas depravadas es prueba de un gusto poco elevado, y señal de tendencias viciosas, y acarrea inevitablemente la corrupción del carácter. "La conversacion de esas gentes—dice Séneca—es perjudicialísima; porque, suponiendo que no cause un mal inmediato, si deja siempre su gérmen en el espíritu, y nos persigue aun cuando ya no podemos oírlo; es como un azote que se levantará contra nosotros en la resurrección futura."

Los jóvenes que reciben una sana influencia y una buena dirección y al mismo tiempo emplean concienzudamente sus propias fuerzas, esos buscarán la sociedad de sus superiores y harán todo lo posible por imitarlos. En la sociedad de los buenos encontrarán siempre su mejor alimento las naturalezas jóvenes, mientras que la sociedad de los malos sólo es productiva de frutos para el mal. Todo es conocer á ciertas gentes, y amarlas, honrarlas, admirarlas; así como hay otras á quienes despreciamos y esquivamos desde que las conocemos, y esas son aquellas cuyo saber no es sino bestialidad, como dice Rabelais, hablando de la educación de Gargantua. El que vive con caracteres elevados, se siente elevado y trasfigurado; "quien con lobos anda, á aullar se enseña," dice el adagio español.

Las relaciones con gentes vulgares y egoistas pueden también ser muy perniciosas, como que engendran en el alma una disposición seca, sombría, concentrada, personal, enemiga de la verdadera grandeza del hombre y de la expansión del carácter. El espíritu se habitúa á andar por senderos estrechos, el corazón se aprieta y se contrae, y la naturaleza moral se vuelve débil, indecisa, fácil, lo cual ocasiona la ruina de toda ambición generosa, y de toda superioridad real.

Por el contrario, el trato con personas más sabias, mejores y más experimentadas que nosotros mismos, es siempre fuente de inspiración y de vigor; y realiza en nosotros la ciencia de la vida. Corregimos nuestros juicios por los de esas personas, y llegamos á ser partícipes de su sabiduría. Dilatamos nuestro campo de observación como si viésemos por entre sus ojos, nos aprovechamos de su experiencia, y nos sirven de aprendizaje, no tan sólo sus goces, sino, lo que es más instructivo aún, sus mismos sufrimientos. Participamos de su fuerza si ellas son más fuertes que nosotros; y de ahí el que la comunicación con hombres sabios y enérgicos no deje jamás de tener utilísima influencia en la formación del carácter. El-

lla aumenta nuestros recursos, fortalece nuestras resoluciones, eleva nuestras aspiraciones y nos permite emplear mayor habilidad en nuestros propios negocios y ser más eficazmente útiles en los de los demas.

"A menudo he deplorado en mí misma—dice madama Schimmelpenninck—todo lo que perdí por la soledad de mis primeros años. No tenemos peor compañero que nuestra estéril personalidad; un ser que vive solo, llega no solamente á ignorar todo lo que pudiera hacer en provecho de sus semejantes, sino que pierde hasta el sentimiento de las necesidades que más alivio necesitan. La sociedad, cuando no nos absorbe hasta el punto de embargarnos las horas de retiro y soledad; puede considerarse como medio excelente de adquirir rica y variada experiencia; y las simpatías que mediante el trato social se desarrollan, no dejan nunca de enriquecer la casa con grandes tesoros, bien que, á la inversa de la caridad, ellas emanan de una fuente exterior. Sirve también la asociación para fortalecer el carácter y para ayudarnos á proceder sabiduría y seguridad sin perder jamás de vista nuestro grande objeto."

A la vida de un joven puede dársele una dirección enteramente nueva, mediante una inspiración feliz, una advertencia oportuna, ó un bondadoso consejo de parte de un amigo honrado. Así sucedió con Enrique Martyn, misionero que fué en la India, en cuya existencia parece que ejerció una influencia singular, una amistad que contrajo, siendo joven aún, en la escuela primaria de Truro. Martyn era de constitución débil, de temperamento nervioso, y delicado; como carecía de fuerza física, poco le gustaban los juegos de la escuela, y, como era de carácter harto irascible, los muchachos más grandes que él se compadecían en contrariarlo y en hacerlo rabiar. Uno de los mayores sin embargo; concibió por Martyn una grande amistad; le tomó bajo su protección, se colocó entre él y sus perseguidores, y, no solamente pelcaba por él, sino que le ayudaba á cumplir con sus deberes. Aun cuando Martyn no era de los alumnos más adelantados, su padre deseaba vivamente proporcionarle las ventajas de una educación superior; y, cuando ya tenía unos quince años, le envió á Oxford á que se opusiese á una beca en el colegio de Corpus. Malogróse su intento, y tuvo que permanecer dos años más en las escuelas de gramática de Truro; y luego fué á Cambridge, donde le hicieron entrar al colegio de San Juan. ¡Cuán grande sería su sorpresa al volver á encontrar allí á su antiguo camarada de Truro! Renovóse su amistad, y, desde aquel momento, el mayor de los dos estudiantes sirvió de mentor al más joven. Martyn era caprichoso en sus estudios, fácil de exasperar, muy vivo, y estaba sujeto á ocasionarles accesos de rabia casi irresistibles. Su grande amigo por el contrario, era un muchacho reposado, paciente, laborioso, y no cesaba un momento de velar por su irritable discípulo, de guiarlo y de aconsejarlo. Lo alejaba de la mala sociedad, lo comprometía á trabajar de firme; "no por la alabanza de los hombres, sino por la gloria de Dios," y le ayudó en sus estudios con tan buen éxito que en el examen de Navidad, Martin aventajó á todos sus compañeros. Y este su mentor, tan sabio y tan bueno, jamás alcanzó á distinguirse: probablemente hubo de seguir alguna carrera de provecho, pero oscura. Su grande objeto en la vida había sido formar el carácter de su amigo, fortalecer su alma, y prepararlo para la obra de desmedido amor que emprendió luego en la India.